

muestran ya; acabad, dad fuego;» á que respondió: «Señor, no acierto;» entonces Oñate arremetió y pegó fuego á la artillería, y del primer tiro no quedó indio en la calle que no lo llevó, hasta que la pelota se envaró en los muertos, con que desaparecieron los indios de la calle, y quedó la casa libre, sin que osasen llegar mas á ella.

Fué la batería tan grande, que causaba horror y gran espanto, y viendo que los llevaban ganados, todos estaban temblando, hasta que el buen Oñate los desvió con el estrago que hizo con el tiro que disparó, siendo parte su buen ánimo para sacarlos de aquel aprieto; y luego armado con su espada y rodela acudió á ver los alojamientos y estancias y las partes do hallaba flaqueza, á proveer de todo, peleando en la defensa que parecia un leon, animando á sus capitanes y soldados para que peleasen como buenos españoles, pues ya los enemigos se habian apartado de la casa fuerte. Así que los enemigos se desviaron sosegó la batería, y el llanto de mujeres y niños era tan grande que espantaba, y mandó el capitán y gobernador que callasen, porque era animar mas á los enemigos, y que esperaban en Dios y en su Madre bendita que presto se daría fin á aquel negocio, pues era causa suya; y así que cesó el llanto de las mujeres, dieron tan grande rociada de flechería, que no se podia andar por el patio y plaza; y llegándose algunas mujeres á las ventanas llorando á ver la gente, fué tanta la desvergüenza de los indios ladinos, que les decian: «Callad, mujeres; ¿porqué llorais? que siendo mujeres no os hemos de matar, sino solamente acabaremos á esos barbudos de vuestros maridos y nos casaremos con vosotras;» y hubo mujer que de solo oír estas palabras se quiso echar de una ventana á pelear con ellos, y lo hiciera si no se lo estorbaran; y visto que no la dejaban, de pura rabia volvió la trasera y alzó las faldas, diciendo: «Perros, besadme aquí, que no os veréis en ese espejo, sino en este;» y cuando lo estaba diciendo le arrojaron una flecha que le clavó las faldas con el tejado, en las vigas del techo por estar bajo. Sería casi medio día cuando sucedió esto, y cansados los enemigos de batir la plaza, muchos de ellos se pusieron por las calles á la sombra, y un capitanejo subido en una pared dijo en lengua mexicana: «Llorad bien, barbudos cristianos, hasta que comamos y descansemos,

que luego os sacarémos de ahí, y nos pagaréis los que nos matásteis en la pared;» á que no les respondieron cosa los nuestros, sino que estuvieron muy callados. Sacaron mucha comida los indios de las despensas de las casas que robaron; y traída, dijo el capitanejo que se habia subido en la pared: «Comamos y descansemos, pues estos españoles barbudos ya son nuestros; ¿no los veis llorar que son unas gallinas?» y comenzaron á comer muy sosegados, y en medio de la comida volvieron á hablar y echar suertes sobre en las mujeres que á cada cacique habia de haber, repartiendo todas las mozas, y dijo un cacique de Xuchipila llamado D. Juan: «¿Pues qué hemos de hacer de las viejas?» y respondió otro diciendo: «Hacerlas que tejan y hilen y nos hagan brágas; y si no quieren, matarlas y echarlas en esas barrancas para que las coman auras, y matar á los niños porque despues no nos den guerra como sus padres, y despues que estemos hartos de las mozas las daremos á los mozueros para que se aprovechen de ellas.» Muy de reposo estaban en estas cuentas, y los nuestros con gran sentimiento de oírlos, y las mujeres como flacas lloraban, entendiendo se habian de ver en lo que los enemigos decian, segun las victorias que habian tenido. Pero antes que se acabase la comida y plática, el gobernador Oñate, viendo el reposo con que los enemigos estaban, llamó toda la gente de á caballo, y les mandó que se armasen, porque era ya tiempo y llegada la hora de Dios para pelear y vencer ó ser vencidos, que de su parte tenian á Dios, pues peleaban por su fe. Dícese que tuvo revelacion de este hecho, por la victoria que se siguió, donde peleó Santiago, S. Miguel y los ángeles, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXIV.

Toma resolución el gobernador contra los españoles por cobardes.

Habiendo visto la determinacion del gobernador, les pareció á algunos de los capitanes y soldados que no convenia que se hiciese porque no sucediese al revés de lo que pensaban: oyéndolo el dicho gobernador les dijo qué cobardía era aquella, y que cuando no qui-

siesen salir abriría el fuerte para que entrasen los enemigos y los acabasen como á cobardes y traidores á su Dios y rey; y con esta sofrenada se pusieron todos en arma para salir á la batalla, y él se armó y subió en su caballo, y mandó que se hiciesen tres cuadrillas, y que en cada una fuesen diez soldados, llevando por capitán á Juan de Muncibay, que era buen hombre de á caballo, y que saliesen por una puerta y volviesen á entrar por otra, y que luego los otros saliesen mas adelante ganando tierra y matando cuantos hallasen; y luego mandó que los soldados de á pié guardasen las estancias que tenían y la casa fuerte, y á los de las puertas y sus capitanes guardasen las puertas para que con el tropel de los caballos no entrasen los enemigos, y que no dejasen salir soldados de los de á pié, y mandó al capitán Diego Vazquez guardase á las mujeres con diez soldados. Despues de esto el Br. Estrada les predicó un sermón en que les trató de la victoria que los ángeles tuvieron en el cielo contra Lucifer, cuyos ministros eran aquellos indios: que se esforzasen, porque S. Miguel les ayudaria y el Sr. Santiago, patron de España y de los españoles, y que de parte de Dios les aseguraba la victoria y sabia habian de vencer, pues estaban confesados y dispuestos, y que hiciesen como caballeros esforzados, y tendrían ante Dios gran premio por pelear en su causa, por haber quemado su iglesia, profanando sus imágenes, y haber cometido tantos sacrilegios y muertes de cristianos; que ya era llegada la hora, que estuviesen ciertos de la victoria, porque aquel día era de mercedes por ser día del arcángel S. Miguel, que seria con ellos; y tan gran sermón les hizo como él los sabia hacer, con que todos derramaron muy copiosas lágrimas, y habiendo acabado les echó la bendición, diciendo: «Dios Todopoderoso y los ángeles sean con todos; ea, caballeros, ánimo;» y se entró do las mujeres y niños estaban, y el P. Alonso Martín se puso delante de un Cristo de rodillas cantando las letanías y salmos, pidiendo á Nuestro Señor la victoria, haciendo esta petición con muchas lágrimas, y luego entraron algunos á despedirse de sus mujeres é hijos; y habiendo salido, subieron en sus caballos, y puestos en orden como estaba mandado, dijo el gobernador: «Ea, señores, ya es tiempo; salgan los diez de á caballo;» y se disparó un tiro que llevó toda la gente de la calle, y salieron los diez de á caballo

y fueron rompiendo por enfrente de la iglesia hasta la esquina de Miguel de Ibarra, y de allí volvieron y se entraron por la otra puerta de la esquina, y luego salió otra cuadrilla y fueron abriendo hasta la casa de Juan Sanchez de Olea y plaza grande, y al volver cayó del caballo Francisco de Orozco por haber tropezado en unas vigas que estaban en un caño de agua, y viéndolo caído le echaron mano los indios y le hicieron tajadas, y el caballo disparó entre los enemigos. Dió harta pena su muerte porque era un hombre honradísimo, de muchas gracias y de mucha estima; y vista la desgracia por el gobernador, dijo desde una ventana: «Hé, caballeros, vamos todos los de á caballo;» y él cogió su caballo, y al salir dijo á todos: «Santiago sea con nosotros;» y en un instante dieron en los enemigos con tan gran tropel y tan recio, que matando é hiriendo no quedó enemigo en la ciudad que no alcanzasen, y que se dijo peleó Santiago, S. Miguel y los ángeles; y luego salieron todos los soldados de á pié y no dejaron indio en pié que encontraron; y Romero, que era uno de los de á caballo, pareciéndole que quedaba la ciudad sola, como tenía hijos y mujer, volvió á la ciudad, y pasando por su casa hallóla quemada, y fué por la calle abajo, y dió vuelta hácia la casa de Hernán Florez, y mirando la calle arriba vió en una loma que estaba sobre la casa fuerte mas de dos mil indios cascanes que se venían á meter en ella y querían coger el caballo de Orozco, que solo andaba entre ellos escaramuceando; y visto por Cristóbal, fué corriendo á la casa fuerte á avisar disparasen la artillería hácia donde estaba aquella gente, y él pasó adelante y se metió entre los enemigos, y comenzó á pelear y lanzar indios, y dió una lanzada á un capitán de ellos, y al sacar la lanza se le tronchó en la espaldilla, quedando la mitad con una punta como astilla, y con ella mató á mas de ciento de ellos y les quitó el caballo de Orozco; y viéndolo los enemigos el destrozo que hacia, se fueron huyendo y los venció; y al estruendo de la artillería, que la oyó el gobernador, vino Diego Vazquez mientras Romero peleaba con los indios, y le llamaba á grandes voces: «Vuelta, señor capitán, que los enemigos se nos entran en la ciudad por la parte de las barrancas;» y fueron Romero y el gobernador al socorro, y no encontraron los enemigos en la ciudad, ni otra persona que Romero que venía con ellos con el

caballo de Orozco ensillado y enfrenado, que había vencido á los dos mil indios y echádoslos fuera; y era tanta la multitud de gente que murió de los enemigos, que las calles y plazas estaban llenas de cuerpos, y corrian arroyos de sangre; con que mandó el gobernador tocar á recoger, y á las dos de la tarde se juntó el campo, y halló que fueron mas de cincuenta mil indios los que vinieron sobre la ciudad, que fué cosa de admiración.

Duró la batalla tres horas, y murieron mas de quince mil indios, y de los nuestros no faltó mas de uno, que fué Orozco; y así que llegó y se recogió el campo, todos se fueron por la ciudad á ver sus casas, y hallan en ellas muy gran suma de indios escondidos en los hornos y aposentos; y preguntándoles que á qué se habian quedado, dijeron que de miedo, porque cuando quemaron la iglesia salió de en medio de ella un hombre en un caballo blanco con una capa colorada y cruz en la mano izquierda, y en los pechos otra cruz, y con una espada desenvainada en la mano derecha echando fuego, y que llevaba consigo mucha gente de pelea, y que cuando salieron los españoles del fuerte á pelear á caballo, vieron que aquel hombre con su gente andaba entre ellos peleando y los quemaban y cegaban, y que con este temor se escondieron en aquellas casas, y no pudiendo salir ni ir atras ni adelante por el temor que le tenian, y que muchos quedaron como perláticos, y otros mudos. Este milagro representan cada año los indios en los pueblos de la Galicia. Siempre se entendió ser obra del cielo, segun la gente que allí se venció y mató, porque fuera imposible el vencer tantos enemigos, si no fuera con el ayuda de Dios, de Santiago y de los ángeles, que en tales ocasiones se acuerda de los suyos, lo cual se confirmó con lo que dijeron los indios enemigos que hallaron en las casas. Mandó el gobernador juntar á todos aquellos indios, que era mucha cantidad, junto á un árbol grande que llamaban zapote que estaba en medio de la plaza, y allí mandó hacer justicia de ellos. Cortaron á unos las narices, á otros las orejas, y manos, y un pié, y luego les curaban con aceite hirviendo las heridas; ahorcaron é hicieron esclavos á otros, y á los que salieron ciegos y mancos de haber visto la santa vision de Santiago, muy bien hostigados los enviaron á sus tierras; y fué tal castigo, que hasta el dia de hoy jamas volvieron á la ciudad.

Fué esta una de las maravillosas batallas que hubo en la Nueva España y Galicia, y más milagrosa haber vencido tantos enemigos con tan poca gente; pero si no fueron ayudados del favor divino fuera imposible vencer, y si los enemigos salieran con la victoria no quedara cosa en la Nueva España, segun iban de pujantes: sea Dios bendito en todo. Así que se venció la batalla y fueron echados los enemigos de la ciudad, el gobernador Cristóbal de Oñate y los soldados y vecinos cogiendo una cruz y el estandarte fueron con los sacerdotes que allí habia á la iglesia cantando el *Te Deum laudamus* y letanía en procesion de la casa fuerte á un altar que fuera de la iglesia se había aderezado para este efecto, por estar la iglesia quemada, dando mil alabanzas al Señor por la merced tan singular que su Divina Majestad les habia hecho en librarlos de tanta multitud de enemigos, siendo ellos tan pocos. Iban todos armados, que no se descuidaban un punto, y llegados al altar se dijeron las vísperas muy solemnes, las cuales acabadas, se volvieron á la casa fuerte y pusieron su pendon en una esquina, y todos se fueron á comer, porque aquel dia no habian comido ni tenido siquiera una hora de reposo, por acudir al reparo y defensa de tanta fuerza de enemigos; y despues de haber descansado y comido toda la gente, como á las cinco de la tarde, víspera de Sr. S. Miguel, mandó el gobernador que todos se armasen y subiesen en sus caballos, y dentro de la plaza de la casa fuerte y estando juntos mandó hacer alarde y halló toda su gente, si no es Francisco de Orozco, que le mataron, como queda dicho, y trajeron allí su caballo ensillado y enfrenado. Hubó muchos que deseaban tener el caballo por ser bueno, y quien mas lo deseaba era Cristóbal Romero, el cual le quitó y ganó á los enemigos; pero el gobernador mandó llamar á Diego de Orozco su hermano, que era un hombre muy femenino, aunque de buen rostro, y le dió el caballo y armas y encomienda de los pueblos de su hermano, que eran los de Mesquituta y Moyagua, diciéndole queria ver si imitaba á su hermano en el esfuerzo y valentía, y el Diego de Orozco se lo prometió, diciendo que aunque el cuerpo era pequeño, el corazon era muy grande para servir á Dios y al rey, y así lo mostró en todas las ocasiones que se ofrecieron, con mucho esfuerzo y valor.

Hecho esto y hecha la lista y alarde, dijo el gobernador: «Se-